



## LA ESTRELLA DE CAMPUS.

«¿Véis ese alto castillo,  
cuya torre al cielo llega?...»  
*Contienda antigua.*

La historia militar de nuestro país puede estudiarse perfectamente en los monumentos que alzó el brazo de la guerra sobre su pintoresca superficie. Desde la atalaya ruda y primitiva hasta la moderna trastramentación existe una serie sucesiva y conexa de obras contemporáneas, en donde se revela con claridad el progreso del arte y la economía de los tiempos. Es como una vastísima crónica, cuyas hojas esparcidas por do quiera forman ordenado y significativo conjunto, que descubre sus relaciones de sucesión con el arámen de unas y otras en sintética y comparativa observación. Esta circunstancia, notable en todos los pueblos europeos, lo es más particularmente en nuestra España, donde las continuas luchas formaron un elemento activo de la organización nacional. A contar desde los tiempos fabulosos de la tradición, no hay raza helénica que haya dejado de probar en este suelo su valor y su fortuna.

Prescindiendo de las edades primitivas, hallamos á Anibal sobre Sagunto, y á Scipion al frente de Numancia, Cartago y Roma, las repúblicas rivales de la antigüedad, renovando ante el mundo el miserable espectáculo con que Atenas y Esparta mancharon los esplendores de la era olímpica, se disputaron sucesivamente los sangrientos trozos de este eden occidental. Vinieron luego las lides odiosas de Pompeyo y César, de Sula y María; y tambien la península Ibérica vió enrojecer sus campos y sintió retumbar sus valles con los furiosos de Belona. Se lanza luego el Norte sobre el Occidente, y á la voz de Alarico caen las aguldas del imperio, como al grito de los levitas las murallas de Jericó. La dinastía goda, sério tenebroso de asesinatos, traiciones y liviandades, que cuestan sangre y llanto á la nación, termina lastimosamente en la catástrofe de Jerez. Los soldados de Moza y de Tivit estallan el victorioso alfanje desde las arizas del Guadalete hasta las montañas de León. Y entonces da principio aquella batalla de siete siglos, que tuvo por campo á toda España, por contendientes á dos razas, y por banderas dos civilizaciones. El canto de victoria resonó al fin sobre las torres de Alhambra. La nación de Pelayo se cobija triunfante bajo la sombra de la cruz. Ya existe nuestra nacionalidad. Pero aun hay enemigos que vencer. Y fuimos á Italia con Gonzalo, al Asia con Roger, á América con Colon y Hernán Cortés, al Africa con Cisneros y D. Alvaro de Bazan. Y de aquellas magníficas campañas trajimos estudio y esperiencia que utilizar en defensa de nuestro hogar. La sucesión austríaca dió margen á la gran contienda con la casa de Borbon sobre el equilibrio europeo. Francia vió humillada su orgullosa envidia en Pavia y San Quintín. Y perdió su bandera en

Gravelinas. Y nuestros veteranos montaron las guardias de París. Las contiendas de Flandes, la insurrección de las Alpujarras, la campaña de Portugal y el asedio de la ciudad eterna fueron crecidos episodios de aquella tiránica monarquía, que tambien llevaba los tercios invencibles á combatir contra la Liga de Senakrúda, que vió tremolar con gloria el pabellon castellano desde el Sund hasta el estrecho de Magallanes, y bajo cuyos esforzados campeonos la infantería española conquistó la soberanía de las armas de Holanda y Alemania, en Lombardía y Francia, lo mismo contra Mauricio de Sajonia y el príncipe de Orange, que contra Selim el Bruto, y Enrique de Valois. Extinguida la dinastía tedesca despues del inserso reinado del último Borbon, que tan hondas llagas abrió á la monarquía por las terribles campañas con Luis XIV, vino la guerra de sucesión con sus sedios de Lérida y Barcelona, con sus jornadas de Almanza y Villavieja, y con el triunfo de la rama de Borbon. Para afirmarle contra la mala disposicion de Europa, hubo que combatir con los imperiales en Bitonto y en Campo-Santo, sobre el golfo de Génova y las márgenes del Var. El pacto de familia, lunar funesto de un reinado feliz, hizo tambien desenvainar mas de una vez la espada contra la codiciosa Albion, y hacer frente despues á la Francia en los violentos albores de su revolucion. Y en lo que llevamos de siglo, España puso el pié sobre el cuello al corso imperial, y la combatido tres veces por su libertad.

Este cuadro, trazado á grandes rasgos, contiene en sí otros lineamientos menores que contribuyen al tono y expresion del conjunto. Son pues las innumerables contiendas de estado á estado y de interés contra interés que han encendido continuamente la tea de la discordia en este suelo. Verdad es que la guerra civil parece haber aqui establecido un funesto altar. Desde Perpena y Sertorio, y sin detenernos en las horribles tragedias de la estirpe gótica, encontramos durante la reconquista á Portugal contra Castilla, á Castilla contra León, á León contra Galicia, á Navarra contra Aragon, á este contra otros, y á cada uno contra todos los demás. Las particiones de las monarquías por los reyes tambien fueron abundante origen de trastornos y combates. Diligante si no los hijos de Fernando I y de Alonso VII. Las cuestiones de sangre produjeron episodios tan tristes como el del príncipe de Viana y el de los infantes de la Cerda. La ambicion fratricida engendró dramas inexorables como el asesinato de Montiel y el infortunio de Blanca de Navarra. Y con causas más ó menos hipócritas se alzaron los pendones de la rebelion por próceres infelices, como Neporriano y Vela, y hubo jornadas como las de los Banos de Olmedo y las márgenes del Narcea. Minorías régias cual la de Fernando IV y la de Alonso XI dieron pábulo á ominosas lides entre los hijos de una misma patria. Y entre otras escenas de cruenta memoria, el levantamiento de las comunidades, las insurrecciones de Cataluña, las germanías de Valencia y las alteraciones de Aragon apeltraron á las armas contra los desfueros del poder. La justicia pública estalló tambien mas de un dia contra el favoritismo palaciego: testigos D. Alvaro de Luna

el jesuita Nithard. Y el despotismo fanático vino a formar tempestades que europezaron y amenguaron el ámbito español. Flandes, Portugal y la Alpujarra guardan el legítimo testimonio de esta verdad. Y el rey en fin lidiaba contra los sibilos, y los magnates se degolaban entre sí, y las familias y las poblaciones inficionadas del vértigo de iniquidad y hambruna, hicieron de continuo al país palenque de odios y desolaciones.

Esta inmensa serie de discordias y combates dejó sobre la faz del país marciales vestigios y perdurables monumentos. Y entre los más importantes se encuentran las obras de fortificación. Pues siendo entonces preciso a los contendientes asegurarse sobre el teatro de los sucesos y crearse elementos de dominación sobre el enemigo, de aquí las líneas de torres y alarvas, los sistemas de castillos y muradas villas que guardaban por todas partes las posiciones naturales de nuestra topografía. Y como fueron producto técnico y multiforme de aquellos siglos y sucesivas razas, quedó impreso sobre ellos su respectivo tipo. Cada una de esas construcciones fué modelada conforme al estado en que á su fecha se encontraba el arte. De suerte que résumen en sí la fórmula característica y concluyente de su tiempo, tan clara y perfecta como en los anales del historiador. Basta poseer algunas nociones generales de las antigüedades, para descifrar esos vastos jeroglíficos de piedra, y para adivinar el misterio de su origen y filiación. Porque habiendo sufrido la escuela de Marte continuas y radicales vicisitudes al tenor de la esperiencia, de las costumbres de los pueblos y los adelantos de la inteligencia, se marcan de tal modo en la fisonomía del edificio los tránsitos y refinamientos de la arquitectura militar, presentan condiciones tan diversas y expresivas, que no puede escaparse su apreciación á la crítica del investigador. Las murallas fabricadas para resistir al asalto, se diferencian radicalmente de las otras destinadas á las iras fulminantes del cañon. Las velutas fortificaciones góticas y romanas de Toledo y Lugo revelan un sistema de guerra incomparable con los sitios modernos resistidos por los bastiones de Pamplona y de Monjuich. No es posible confundir los reparos usados en tiempo del arma blanca con las posteriores á la invención del fuego. Esta fué la grande, la portentosa revolución de la ciencia militar. Cuando los guerreros combatían con el ariste y la catapulta el real del enemigo; cuando los únicos proyectiles eran la piedra disparada de la honda y la flecha del arco; cuando el festudo y la torre eran los medios de tomar los muros asediados, bastaba coronar de sillares una colina, guarecerse tras de un riachuelo, cercar el forjado torreon con la profunda sima y los aéreos cañes para desahar el poder del más aguerrido ejército. Bien que entonces tampoco había tropas permanentes, las campañas eran cortas, y las operaciones difíciles. Y hé aquí otra razón en pro de las antiguas fortificaciones.

Partiendo de los tradiciones precedentes, ningún registro se halla más gráfico y copioso para estudiar el curso de las guerras y su influjo sobre la profesión de las armas, que la colección de obras defensivas esparcidas por los ámbitos de la península, y que forma un álbum de tan pintoresca perspectiva como curiosa ilustración. Apenas se presenta el anticuario al pie del monumento, le ofrece la patente de su abuelo. Así el ropaje revela el tipo de la estatura, la fisonomía descubre la raza del gigante, y el cuadro hace adivinar al pintor.

Así pues, desde la vez primera que con los ojos del arte vimos el castillo de *Torre del Mayor*, pulmos determinar su fecha. Las troneras abiertas sobre sus baluartes son las inscripciones de su nacimiento. Aquella cruz latina, símbolo marcial de la guerra santa, caracteriza toda una época. *La estrella de Campos* es obra de los cruzados, al regreso de las heróicas expediciones. Igual resultado nos da el género de su arquitectura. Los robustos mchones, donde arranca el arco gótico-primitivo de las galerías, manifiestan la reciente innovación que los paladines cristianos introdujeron en el estilo á su retorno de Palestina. Apenas el pilar lombardo ha perdido aquí sus formas pesadas, y la elipse gormánica no se atreve casi á romper el semicírculo bizantino. Presentan aún esas crujiás el aire sombrío y anstero de una abadía sajona. Y convertidas hoy en amenazadora ruina, azotada solamente por el soplo del viento, tienen una fisonomía que impresiona profundamente la imaginación. El corte de las arcadas, el tipo de los pilares y la disposición general de estos pasadizos tienen notable analogía con los corredores internos del castillo de *Vilalba de Alica*, aunque es menor en antigüedad. Las obras de defensa de *Torre del Mayor* también indican el adelanto del arte al tiempo de su acontecimiento. Los redondos torraones, poco más altos que los muros, ya sustituyen aquí á las primitivas torres cuadradas de gran elevación, marcando el progreso en el estudio y servicio de los tipos de flanco. Las líneas de saetas y adarbes atestiguan con evidencia el grado de aprovechamiento que el manejo de las armas obtenía entre los hombres de aquel tiempo. En esos parapetos se hallan troneras de muchos géneros y destinos. La almena abierga y la espillera redonda; la mina espaciosa y la angosta lacrimosa; el baquete travesero y los cines verticales, todo se empleó por el artista en la combinación de este formidable alézar. Demos en

su erigíto el sistema del gran blanco, para el cual le daba poderosas ventajas su fortísima posición.

Asentado en la rápida agria y empuñada de un cerro rocoso, es mayor y más escueto de todo el país, señorea inmensidad de terreno hasta los puertos de Manzana, á la entrada de Galicia, y las sierras de Guardia, y las montañas de Palencia, en vastísimo é inextinguible panorama. Esta culminante localidad dá origen á su denominación primitiva (1), y después al título alegórico que la distingue de todas las demás. *La torre del mayor* mejor apellido á la orgullosa fortaleza sus antiguas castellanías. Porque efectivamente el castillo no tiene igual en toda tierra de Campos; y porque como la ruina de que forma parte, fué una de las primeras líneas divisorias entre el reino de Leon y el condado de Castilla, sería uno de los trabajos ó signos de límite de la frontera, y trasmitir á la fortaleza el nombre de su topografía superioridad. Corrompida con el tiempo la frase, y perdida la significación de la abreviatura *mor* (cifra antigua de *mayor*), se redujo á la actual fórmula de *Torre del Mayor*. Está etimología nuestra es tan clara y lógica, que no puede ocultarse al criterio del anticuario. Los pueblos, además, no sea fantasma elemento y poética que revela sangre meridional, la llaman «*Estrella de Campos*» y así le conoce la tradición, Océano bien. Ninguna definición puede darse más rica ni feliz. Es una imagen que vale toda una descripción. *La estrella de Campos!* Tuvieron razón. Ella aparece perdida en el espacio; ella domina la inmensidad; ella es la reina del confin. Los pueblos la miran desecollar por sus campanarios, que junto á ella parecen matorrales pegados á la roca; los cerros y alcornados besan humildes sus pies; los moradores la ven desde el fondo de los valles tras los rotos muros de las villas; y apenas desde las más lejanas cumbres el viajero tiende la vista por las llanuras gólicas, *Torre del Mayor* levanta su silueta solitaria entre los senos del ambiente y las confusas perspectivas de un horizonte vastísimo y deslumbrador. Ella también servía de atalaya para la defensa del país; era la guía para las operaciones militares; proporcionaba amparo, custodia y centro de acción en los azules de guerra... era en fin la estrella que domina en las alturas, la estrella que brilla en medio de la tempestad, la estrella que conduce al punto de salvación. ¡Bien decían los campesinos! *La estrella de Campos era su Torre del Mayor*!

Establecida sobre la línea meridional del camino entre Médica de Riosoco y Palencia, con la pequeña villa al pie, á la puerta S. O. del ascarapado cabezo, aislada en lórno, y fuerte por la naturaleza y por el arte, su plano hace un cuadrado, cuyas dimensiones daremos después. Precede al recinto exterior en la cortina del Poniente una obra avanzada para defender el ingreso de la plaza. Compónese de una luneta ó medio baluarte, que atrancando de un murallón cuadrifloro con 40 pies de línea y 18 de grueso, traza una curva saliente de 50' y presenta un alzado de 28 hiladas de abollado sillarejo, con el correspondiente coronamiento de almenas y espilleras, abiertas en los aúdenes del terraplen. Era este cuerpo de fortificación, además de su puesto aranzado, el vestíbulo del castillo y el paso preciso para la puerta principal. Abierta esta en el muro del primer recinto, á bastante altura del suelo, sobre una escarpa inaccesible, para entrar en la fortaleza había que subir á la luneta exterior, y de ella se trasladaba á la portera por medio de un inmenso puente volante que desde ella caía sobre el glacis del luneto sobre un espacio de muchos pies, en cuyo intermedio se levantaba todavía el pilastro destinado á sostener el lavadizo, que sin este sustentáculo se apandaría por su largo trayecto bajo el peso de la guarnición. Con este sistema tan ingenioso y seguro quedaba el castillo perfectamente defendido por su parte más aventurada. Pues nada importaba que el enemigo tomara por sorpresa ó por armas el puesto avanzado de prevención. Levantado el puente y dominada la plataforma por los cuerpos culminantes de los recintos principales, ni podía permanecer allí sin ser inmediatamente aniquilado, ni menos penetrar en la plaza, por ancho y profundo espacio separada de él. En ningún otro castillo feudal habíamos hallado semejante disposición castramentaria, que llama notablemente la atención y prueba la inteligencia y celo desplegados en los reparos y guarda de este importante fuerte.

Bonía y ágrica cava circun en torno el trazado general, compuesto de tres líneas completas de fortificación, que se dominaban y protegían del centro á la periferia. Constituyó la primera un cuerpo cuadrangular de morallas, con nueve pies de cordal y treinta hiladas de elevación. Flanquean sus cortinajes nueve forrados cubos, situados en los ángulos y en los intermedios de cada frente, formando baterías de flanco, mutuamente protegidas, que flanqueaban los fosos y escarpas, y ponían á cubierto los grandes huecos del murallaje. Coronados estos y los baluartes por almenas alzadas sobre parapetos, y bordados unos y otros por ladroueras para toda clase de proyectiles, podía dispartir

(1) Torre del mor mayor; mejor, —erróneamente llama Torre del Mayor.

A la vez una lluvia de flechas, venablos, piedras, y cuantos instrumentos arrojadizos ofrecia entonces la furia de la guerra. Por las espacuosas azoteas y vastos terrados que sobre aquellas obras existian, permitian á los defensores manejarse con holganza, y acudir en gran número sobre los puestos atacados, con superioridad incontrastable. Comodas y abundantes escalinatas daban acceso á los puntos altos, y hacian fácil el servicio y el basculamiento de las lineas. Por la parte interior daba entrada á varias pasadizos bien construidas y arcañucadas, que servian para cuerpos de guardia, y abrían la bajada á los sótanos de la fortaleza. Las dimensiones de este recinto son ostensas en todas sus partes. Ciento y veinte piés próximamente ocupa cada frente (tráversal) sobre el glacis por la línea interior; dos de fondo y nueve hiladas de altura dan los almenares; los cubos intermedios ofrecen al nivel del plano cincuenta piés de curva, y sesenta y seis de círculo en el espacio de la plataforma, con treinta y siete hiladas de altura; los ángulos tienen ochenta y seis piés de circunferencia, llegando el del N. hasta ciento, con una planicie de noventa en su terraplen, haciendo unos y otros diez de espesor, y mediando entre ellos cincuenta y cinco piés de cortina recta. Lo cual presenta un frente de ciento y diez; que unidos á los treinta y cinco que sirven de base diametral al cubo cónico, y á los cuarenta y dos, poco mas ó menos, que empuja el torreon angular en el cuarto de círculo que describe sobre cada frente desde el vértice ó intersección de los lienzos, producen una línea fortificada de ciento ochenta y siete piés, y su perímetro de setecientos cincuenta y ocho en el recinto exterior. Se entra en él por la puerta principal, rasgada en el muro del Poniente, segun dejamos explicado, entre dos torres y bajo un cuerpo montante de capes verticales, cubierto todo por un almenar corrido con las defensas correspondientes. El segundo orden es un cuerpo de edificio, separado de las murallas por un espacio de cuarenta y seis piés, con setenta de línea y cincuenta hiladas de elevación, todo grandemente maltratado. Debió hallarse defendido por líneas de almenares, establecidas sobre su parte superior, con algunos tramos de esnes. Pues de otro modo, no teniendo baluartes ni cuerpos salientes, tomado el primer recinto, carecian de defensa sus lienzos rasos, bajo la vertical de los tiros superiores. Y no es creíble semejante defecto en una fortaleza de tanto interés y tan soberbia construcción. Un castiello ojival daba ingreso á este orden de fortificación por la cortina de Levante, precedido de un terraplen exterior, necesario para ganar su altura y hacer mas costoso el acceso. Desemboca sobre la galería principal del castillo, formada por arcadas elípticas, cubierta por fortísimas bóvedas de sillar, con aristas, y sostenidas por machones góticos de la primera época. Sobre este corredor se debia alzar otro de traves análogos, para dar salida á la azotea, que servia de glacis á este espacio alzado. En el centro, y destacando culminante y aéreo, amenaza la torre del castillo, que hacia el tercer atrincheramiento de su conjunto militar. De forma cuadrangular, con veinticuatro piés de anchura y cuarenta de longitud interiores, se eleva en cuatro pisos, que dan cuarenta hiladas de altura sobre la plataforma de las galerías; ciñendola en sus tiempos marcial corona de robustos canes y caladas ladroneras en los supremos bordes de su vitísima y deslumbradora cúpula, perdida en el viento y en la inmensidad.

Bajo su planta tiene inmensos sótanos para el servicio de la guarnición. En ellos estaban los abastecimientos de vituallas, depósitos y cuantos departamentos en estos edificios son necesarios. En ellos está *La cula de piedra*, que llaman los naturales del país, y adorna con varias conchas de cierto modo cuadrif y sendos administrativos propios de tales casos; pero que no es mas que uno de los aljibes para el resguardo de aguas. Por cierto que creemos debian cebarse por los foros del lienzo N., por hay en su centro un baluarte angular, que parece destinado á cortar las aguas profundas, y dirigidas á unos conductos ya ciegos, que se descubren en el muro, á flor de tierra.

Los sencillos paisanos contemplaban con cierto pavor la descollada fortaleza, cuyos subterráneos suelen servir de albergue á los malhechores. Porque algun viajero pagó ya su curiosidad, quedando maniatado y maltrato por tan siniestros huéspedes. Así es, que durante nuestra expedición á la fúbrica torre, que se prolongó por algunas horas, hubo quien ya nos contemplaba sumidos en alguna de sus negras mazmorras, renovando la escena de Gil Blas en la cueva de Bofundo, bajo la fécula de algun señor de viñas y haciendas. «Y aquellas buenas gentes, cuando descendimos del altoplan, nos miraban envidiosas, jurando por la portada del establo que habian estado con el alma en un hilo por nuestra importante salud. Si tardamos mas en volver, trazes llevaban de tocar á rebato; pero de fijo no hay su prójimo capaz de asomar las narices por ese fantástico Argel. Unicamente por costumbre singular ascienden á la sombría fortaleza los honrados labriegos de *Torremormojón* en los días de torra-boda, que pasan sobre aquellas alturas, trisando alegremente, para que Dios conceda á los novios, como dice el D. Hermógenes del café, un amplexo y masculina sucesión.»

Pero *Torremormojón* es hoy la sombra de lo que fué. Sin rastillos, sin lobas ni poternas, está á la merced del vandalismo. Los muros se derruyen, las bóvedas se desploman, las piedras amontonadas destruyen los pórticos, y la torre pronto acabará de desaparecer. Allí reñan la muerte y el olvido. Y la mano del tiempo y el abandono de los hombres tiende sobre estas ruinas un manto irrisalmo de hielo y soledad. Desiertos los desmantelados baluartes, crece agreste yerba sobre sus solitarias esplanadas. Y solamente interrumpe el silencio sepulcral de aquellas veladas galerías el ruido de los sillares, que desmenuados de sus bóvedas, ruedan por los hacinados escombreros, y cuyo eco sordo y pavoroso se oye lentamente por aquellos muros y fosos de las almenas. El arqueólogo no mas con ese espíritu característico y aventurero, con el valeroso amor al arte, hijo del entusiasmo y del sentimiento, se atreve á penetrar bajo aquellas naves que estan desplomando las dobelas sobre su cabeza; á encaramarse por los desmoronados muros que tiemblan á la preston de la piedra; y á escalar los restos vacantes de la torre, que ha de arrojarse un día la esfaga del vendaval. Para el corazon de los artistas hay en todo esto un atractivo vehemente, un encanto arrebatador, un góce que solo comprenden las almas de mágico poder. Allí se respira el aura de otros siglos; allí se hace uno el hombre de otra época; allí se ensancha la mente en una atmósfera de poesía, meditación y éxtasis... Y se habla á los genios; y se evocan los fantasmas; y en el rumor del insecto que creta por el polvo, en el silbo del viento que mugre por las azoteas, en el eco de nuestros propios pasos, perdidos á la ventura por aquellas soledades, creemos oír la voz misteriosa y aérea de la antigüedad, que brota entre los fragmentos y se desliza por las grietas, para revelar los arcanos de lo que fuera, y susurrar á nuestros oídos membranzas que no torzará á ser.

V. GARCIA ESCOBAR.

## BIOGRAFIA

### DE DON ALVARO DE NAVIA Y OSORIO,

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO, VIZCONDE DEL PUERTO,  
FUNDADOR DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

El período en que vivimos hará época en la historia de España por el espíritu de charlatanería que le caracteriza. A todas horas vemos pregonar grandes nombres históricos, citar hechos famosos, dar los nombres de unos y otros á calles y plazuelas, pronunciar discursos llenos de vulgaridades históricas; y sin embargo, apenas sale á luz una obra que indique un estudio concienzudo de nuestra historia, y que demuestre que aquellos nombres y aquellos hechos sirven para algo mas que para monsergas. Y entre tanto nombres gloriosos, nombres de españoles que lo sacrificaron todo en servicio de su patria, que alcanzaron en vida merecida fama, yacen en el día olvidados; á pesar de tanto y tanto sabio aritmético é historiador en embrión.

Esta común desgracia cupo á D. Alvaro de Navia y Osorio, célebre general, diplomático y escritor. Nació D. Alvaro en el principado de Asturias por los años de 1688, cuando la dominación austriaca en España tocaba á su fin. Su padre, señor de la villa y puerto de Navia, era de la nobilísima sangre de los Navias y Osorios, y poseedor de estas dos ilustres casas; su madre pertenecía á la no menos noble familia de los Argüelles, bien conocida en Asturias. Crióse D. Alvaro al lado de sus padres, quienes le dieron una educación digna de su clase. Era esto en tiempo en que, por muerte de Carlos II, habia ocupado el trono de España una nueva dinastía, rama de la ilustre casa de Borbon, y con ella se habian inaugurado en esta monarquía una nueva política y un nuevo sistema de gobierno. Pero como si la Providencia hubiese condenado á la nación española á no dar un solo paso en la senda de la civilización sin que la costase ríos de sangre, vió á toda Europa conjurada en daño de su joven rey Felipe V, quien no solo tuvo que luchar contra las extranjeras fuerzas coaligadas, si tambien contra las mas temibles de los súbditos catalanes y aragoneses rebeldes. Triste cuadro ofreció entonces la península ibérica; la guerra asolaba en todas partes sus omeas, quemaba sus aldeas, arruinaba sus ciudades; hombres de todas religiones, de todos los países del mundo, dirigian contra ella las enconadas iras, y amaban á sus hijos á despedazarse mutuamente. Jamás habria sufrido esta heroica nación una lucha tan funesta.

Pero en medio de este cuadro de ruina, la imaginación se siente fuertemente conmovida al recordar los portentos, los increíbles sucesos que el pueblo castellano hizo en aquella ocasión por sostener al trono de su joven monarca. Todo lo que una nación tiene que dar; su sangre, su riqueza, sus posesiones, su glorioso pasado, todo lo dieron aquellos patrios por Felipe V. Cuando espiró Carlos II, no tenía España

la ejército, ni hacienda ni marina: á los pocos años sostenía una lucha prodigiosa contra la mayor parte de la Europa reunida, y ganaba batallas en Alemania, Gudiña y Villavieja.

No fué el antiguo príncipe de Asturias de los que menos se señalaban por su desprendimiento y decisión; no bien habían penetrado en España los primeros batallones portugueses y británicos, cuando voluntariamente ofreció al rey un regimiento completamente armado y equipado, y habiéndole dado S. M. la facultad de elegir los oficiales, nombró su coronel al vizconde del Puerto que acababa de concluir sus estudios. A la cabeza de sus hijos asturianos prestó D. Alvaro importantes servicios en todas aque las sangrientas campañas, y particularmente en el reino de Valencia. Tomada Tortosa, pasó el vizconde con su regimiento, por orden del duque de Orleans, á la recuperación del reino de Sicilia, y contribuyó á restablecer el sinesio en aquel reino. De allí se le destinó al recobro de Cerdeña, en donde quedó por segundo comandante; aunque en breve, conociendo el jefe su talento, le habiéndole dado todo el mando, que desempeñó hasta 1721, en cuyo año el tratado de la cuádruple alianza obligó á España á evacuar aquella isla.

Las extraordinarias pruebas de capacidad que dió el vizconde, le habían acreditado de uno de los mas estudiosos é instruidos de nuestros generales; por cuya razon el gobierno español resolvió aprovechar sus buenas cualidades en materias ajenas de la milicia, y le nombró su embajador en la corte de Saboya. Fué muy bien recibido el marqués por aquella corte y por el duque conante, quien llegó á tratarle con gran confianza y á distinguirle sobre los demás embajadores, atención debida en gran parte á las excelentes cualidades de aquel ministro. Permaneció D. Alvaro en Turin hasta que, caído Riparda, se trató de celebrar un congreso general en Limón, en cuya ocasion le nombró el rey su segundo plenipotenciario en aquel congreso, y embajador extraordinario en la corte de Luis XV. La eleccion no pudo ser mas acertada, pues el vizconde era ya ventajosamente conocido en Europa como buen escritor y hábil militar por su tratado de *Reflexiones militares*, obra que con razon fué considerada como una de las mejores que sobre el arte de la guerra se habían escrito.

A su llegada á París se unió Santa Cruz con Mazaroz y Barraneches, plenipotenciario de España, y juntos todos, trataron de apartar á la reina Isabel Farnesio de la peñagosa alianza del cardenal Fleury, y hacerla adoptar una política mas franca, decidida y desinteresada; pero no solo no lo pudieron conseguir, sino que desde aquel momento quedaba expuestas á la ira de aquella violenta soberana y á la de su no menos orgulloso ministro D. José Patiño. No tardó Santa Cruz en recibir repetidas pruebas de esta mala voluntad; mas consolóse la buena acogida que tuvo en la corte de Francia y el aprecio de los hombres eminentes de aquella capital, cuya amistad supió agradecerse por su amable trato, su veracidad, rectitud, desinterés y aplicación; hasta el pueblo parisiense llegó á conocerle y estimarle, como lo manifestó claramente á su muerte.

Notas las engorrosas negociaciones de Suizos, fué llamado Santa Cruz á España, y salió de París con general sentimiento de aquella corte, después de haber sufrido gran menoscabo en su patrimonio, pues el exhausto tesoro español, consumido en inútiles, aunque gloriosas guerras, no alcanzaba para pagar á los ministros, quienes con frecuencia veían arruinada su casa por sostener el honor del escudo de España.

Conociendo el recto y prudente Felipe V el mérito del marqués, quiso darle la secretaría de guerra, vacante por la salida del marqués de Castellar á la embajada de Francia; pero dominado, sujeto, tratado como un prisionero de Estado por su esposa, no pudo Felipe en esta ocasion, ni en otras muchas, poner por obra sus buenos propósitos, y antes al contrario, la estimacion que le manifestaba el monarca perjudicó en extremo á D. Alvaro de su privanza; pues temeroso el primer ministro D. José Patiño, aprovechó la ocasion de hallarse vacante el gobierno de Ceuta por marchar su gobernador, conde de Charot, mandando las tropas que estaban á entregarse de las plazas de Tórcana, y eligió á Santa Cruz para que le reemplazase en aquel mando, ordenándole trasladarse á la costa de Africa, y premiando de este modo sus extraordinarios servicios.

Un año hacia que se hallaba D. Alvaro en Ceuta, cuando salió de los puertos de España la célebre expedicion que, al mando del conde de Montemar, se dirigió contra Oran y Mazarrquivir; incorporóse Santa Cruz al ejército expedicionario con algunas tropas cuyo mando se le confió, nombrándole al mismo tiempo, y como en desagravio, teniente general, con cuya graduacion auxilió á la toma de aquellas plazas y se encargó de su mando y del de aquellas fronteras. En ellas recibió al poco tiempo gloriosa muerte aque hecho español, pues habiendo ordenado en 22 de noviembre de 1732 una salida contra los moros que cercaban á Oran, fué muerto en ella con otros generales y soldados. Dúdase por algun tiempo de su muerte, pues no se encontró su cadáver en el campo de batalla; pero no habiéndose tenido nuevas suyas, fué más que se procurase, y no sabiendo los moros su rescate,

se creyó de confirmar la noticia de su muerte. Fué su pérdida universalmente llorada; rebóse en cara á la corte de España el mal pago que habia dado á tan esclarecido militar; y el príncipe heredero D. Fernando, que, aunque no á las claras, representaba el partido opuesto á su madrastra, dijo públicamente que mas hubiera querido la pérdida de nuestras posesiones africanas que la del marqués. Murjó D. Alvaro de Naria y Osorio á los cincuenta años escosos de edad y treinta de relevantes servicios; habia casado tres veces, y tenido nueve hijos de sus diferentes mujeres; era de mediana estatura, pero proporcionado; algo grueso, de hermoso rostro, de genio muy fácil de irritar, pero mas pronto aun en apacarse y en pedir perdón de una falta, cualquiera que fuese la cuantidad del ofendido; su generosidad rayó en exceso, y dejó su casa muy empobrecida por el servicio y decoro de la monarquía. Fué, como ciudadano, honrado padre de familia, noble, amable, desinteresado; como soldado, uno de los mas entendidos y valientes de aquel tiempo que produjo los Montemar, Gages y Minas; como literato, uno de los mas eruditos de aquel siglo de erudicion.

Los once tomos de sus *Reflexiones militares*, el último de los cuales escribió y publicó en París, manifiestan su vasto génio y prodigioso estudio; pero dan aun más á conocer su buen corazón y su inclinacion al bien, á la justicia y misericordia; pues tanto cuidado puso en que su obra sirviese para hacer buenos generales como hombres previsores, jueces severos y padres caritativos; concibiendo y aplaudiendo perfectamente la idea de que la milicia es un sacerdocio, y el único objeto de su institucion el de conservar la paz previniendo la guerra. Sus obras se tradujeron durante su vida en Francia, Holanda é Inglaterra, siendo recibidas en todas partes con igual estimacion. Su idea era continuarla hasta completar veinte tomos, á cuyo fin tenia recopilada la materia de los nueve restantes, con otros muchos datos para la *Historia de los tratados de paz y alianza de España*, obra colossal que habia emprendido y para la cual se le habian enviado de orden del gobierno de Madrid copias fieles de los documentos existentes en los archivos de España. Es muy de sentir que no pudiese llevar á cabo una empresa tan útil á la historia nacional, y que su pluma no hubiese llenado el vacio que en esta parte se advierte hasta aun en nuestros dias.

Hemos dado al marqués de Santa Cruz el título de *fundador de la Academia de la Historia*, que habrá llamado la atencion de nuestros lectores, porque, en nuestra concepcion, él fué quien concibió la idea de formar aquella corporacion, á semejanza de otra que arañaba de inaugurarse en Turin, en donde á la sazón se hallaba D. Alvaro de embajador. Y no solo auxilió á varios nobles y literatos españoles á llevar á cabo aquel proyecto, sino que les indicó los medios de realizarlo y les trazó un estenso plan de las tareas en que debían ocuparse; siendo la principal la formacion de un diccionario crítico, histórico, geográfico, á cuyo fin reportó el trabajo entre los varios individuos que componian la sociedad, dando á cada uno excelentes consejos que prueban su inmensa erudicion.

Citaremos en apoyo de nuestra opinion un opúsculo que existe impreso titulado «Últimas ideas del marqués de Santa Cruz para compilar las memorias y efectuar el trabajo de un diccionario histórico geográfico. Con distincion de si ha de ser bajo un solo alfabeto ó de muchos. Atico para la mas fácil ejecucion del Diccionario Universal.» En cuyo capítulo XVIII se lee: «El contexto de los muchos diccionarios que se hallan impresos, quitando la duplicacion que nos hacen de lo que otros dicen, se redujera á menos de una cuarta parte de lo que juntos todos cuestan de compra y lectura, con que el formar de ellos uno solo seria de grande alivio y ahorro á los curiosos. Las mayores ventajas que de tal obra en español resultarian á España, quedan ya expresadas. Casi todos los diccionarios impresos fueron compuestos por hombres doctos, y corregidos y aumentados por centenares de personas eruditas que subministraron el trabajo para las muchas reimpressiones que se hicieron de aquellas obras, y en lugares de copiosas librerías.» Acosara después formar un solo diccionario de todos los ya publicados, de los cuales cita basta cuarenta y siete, y concluye su proyecto de diccionario de un modo que manifiesta la sencillez y generosidad de su carácter. Dice así: «Entre el diccionario de la edicion de Mureto 1726 y el de Terroux de 1724, los cuales juntos componen once volúmenes, abarca lo principalísimo de cuanto contienen los demas diccionarios. Si con el trabajo del anterior capítulo pudiese pesarse á mis amigos de España, anímense á lo menos, en servicio de la nacion, á formar una obra de las dos expresadas, que vendrá á quedar en ocho tomos, quitando á Mureto la difusa relacion de genealogías y precedencias que una obra duplica de lo que en la otra se halla. Prometo adelantar los gastos de la imprenta y componer yo uno de los tomos, y dejaré á mis compañeros toda la ganancia, siendo para mí sobrada la que nuestra patria logra la obra y entre con el tiempo en el gusto de usarla.»

Caudo tambien á esta proposicion rebusen el oido mis palabras, pueño llorar su literaria negligencia; pero no escusaréis el auxilio de que los caballeros de la corte de Turin y algunos otros habitantes de la

misma, emprendan por entero un trabajo para cuya parte no se presenta bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ella centenares de sujetos capaces de mayor asunto.

Estas son las razones en que nos apoyamos para dar al vizconde del Puerto el título de Fundador de la Academia de la Historia, pues si ha merecido el marqués de Villena el de Fundador de la Academia de la Lengua solo porque aconsejó su creación, con mayor motivo le es debido á aquel, pues no solo invitó y animó á los caballeros españoles dándoles en cara con el ejemplo de los de la corte de Turin, si que además formó el plan de sus tareas, las repartió entre ellos, les indicó la marcha que habian de seguir en sus trabajos, y se ofreció generosa-

mente á costear la obra, á pesar de los excesivos gastos que ocasionaba entonces una empresa de esta naturaleza. Ciertamente que la Academia de la Historia no fué creada hasta algunos años después de la muerte de Santa Cruz; pero indicándose en el decreto de creación que el objeto de su formación era el de componer un diccionario histórico, debemos creer que no se hizo mas que seguir la idea dada por aquel, para cuya realización habia trabajado tanto. Así pues, la Academia de la Historia le debe en justicia una indemnización por el olvido en que lo ha tenido, así como la de la Lengua está en obligación de demostrar con algun acto ostensible el aprecio que la merece su creador el ilustre marqués de Villena.

JOAQUIN DE MALDONADO Y MACANÁZ.



(Los huérfanos.)

## LOS CAFÉS.

Progresamos, adelantamos: ¿quién lo duda? ¿Habrú quién se atreva á poner en parangón las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche amarengada al lado de un barquillo relleno de fresa ó de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparación admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los faroles de reverbero de la subterránea botillería de Canosa, con las mesitas de mármol, los blandos taburetes, los espejos, elegante empapelado y lámparas de gas del Suizo ó de la Esmeralda?

Nada hay en el mundo mas sintético, mas enciclopédico, mas omnibus que un café donde se come, se bebe frio y caliente, se juega, se lee, se charla, y sobre todo se mata el tiempo. Matar el tiempo, hacer tiempo, hé aquí dos ocupaciones sabrosísimas para todo buen español que siente correr por sus venas la sangre de los voluptuosos árabes, ó de los ya afebinados hijos del rey Varaba.

Por supuesto que esto de hacer tiempo es una ironía, un *contrariis atopático*, un al revés te lo digo para que me entiendas, un *contrasentido* tan de marca mayor y tan de hulto como el de llamar pelo al que no tiene pelo, y rabon al animal que carece de rabo.

Aquí hacer es sinónimo de no hacer; se hace tiempo como se suelen hacer economías, reformas y mejoras, es decir, dejando las cosas como estaban, ó peor si á mano viene.

Está probado que en España los días son mas largos que en lo restante del globo; lo cual unido á nuestra fabulosa afición al trabajo y á nuestra nunca bien ponderada prontitud para dar cima á cualquier empresa, es causa de que de las veinticuatro horas siempre

en suma total nos quede mas de la tercera parte *de plus, de descanso*; una superabundancia de tiempo que el barbero mata leyendo algun periódico, el oficinista limpiándose las uñas con el cortaplumas, el cochero roucando sobre el pescante, la jovenzuela atusándose las cejas, el autor dramático fumando en el cuarto de las actrices, y el estudiante en la parada á mirando los escaparates de las tiendas.

Matamos el tiempo con la misma facilidad con que lo dejamos todo para mañana, y con la misma té con-que copiamos al pié de la letra usos, trajes y necesidades de nuestros vecinos ultrapienésicos.

¿Qué alegrón no hubieran tenido nuestros abuelos con el descubrimiento de este nuevo perdedero de tiempo? ¿Y cuánto no se hubieran chupado y rechupado los dedos después de un rico vaso de ponche á la romana ó de un delicioso *biscuit*? Verdad es que, sobradamente cueros, sabian irse á la tardocilla á matar el tiempo á casa de algun amigo, donde segun costumbre tradicional, se servia á cada uno de los presentes un vaso de agua con esponjado, un pocillo de chocolate con bizcochos y una tacilla de dulce con gran contenido de mas de un gastrónomo que solia repetir la misma función masticatoria en el cuarto de al lado; pero aparte de ser este un modo sumamente espuesto á una bancarota estomacal, carecia del tute republicano y anti-ceremonioso de estos focos de animación y de chismografía que llamamos cafés.

Y aquí cumplenos á fuer de españoles caballeros como pecos, Y amantes de faldas cual ninguno, declarar á son de trompa y de clarín ante la faz del universo, que las mujeres podrán hacer tiempo en sabrosa contemplación delante del espejo, telegraficando desde el balcón, yendo á las novenas y misiones ó espulgando á sus perritos; pero nunca lo matan delante de una botella de cerveza ó de una mesa de billar.

Los cafés, que mas de una niña mandaria demoler, han sido la muerte de las tertulias de confianza en que se jugaba á la lotería,

á la peregrina á á la moza; han hecho que los hombres, aproximándose unos á otros, encuentren más placer en murmurar, mentir y votar á sus anchas sin miramiento de ningún género, que en apurar el diccionario de galantería y piropos al lado de una muchacha, ó en sostener una conversación insulsa y fastidiosa con las señoras mayores. El seroño, egolista como él solo, huyendo de la estrechada figura para con las damas, del quietismo, en una palabra, suele caer á menudo en el extremo opuesto, es decir, en la grosería y poca delicadeza.

Un café, sobre todo de noche, es un invernáculo, una estufa donde en medio de una atmósfera densa y sofocante se ven infinitas de plantas y de flores; allí están los hombres *alcachofas*, léase pedantes, todo desperdicio, muchas palabras y ninguna sustancia; allí los *grasosos* políticos que convérgen hácia el sol que mas caliente; allí los hombres *enredaderas*, mineros, bolsitas, agentes, etc., etc., que enredan en sus lazos á los incautos hijos de Eva; allí las fastidiosas *ortigas*, vulgo pollos, que solo sirven para estorbar y desgarrar horas ajenas; y allí por fin se encuentran varias otras especies tan abundantes como desconocidas en la flora botánica.

«Mirad: veis aquella mesa que rodean un caballero, una señora, dos niños, una jovenzuela y una criada? Pues es la familia en masa, de D. Hipólito, honrado comerciante de la calle de Postas, que, como día de fiesta, ha sacado su gente á paseo, y por vía de merienda les convida á refrescar. ¿Qué fisonomías tan placenteras! ¿qué miradas tan significativas dirigen hácia el mostrador, desde donde debe partir el convoy de leche amerengada, bizcochos y harquillos que ya los tiene con la boca hecha agua! Todos se aprestan para el asalto. La jóvenzuela se descalza los guantes, los niños se ponen de rodillas sobre sus asientos para poder maniobrar con mas desembarazo, D. Hipólito sacude con el pañuelo, y sopla las migas que á despecho del paño del mozo quedaron sobre la mesa; su consorte se ocupa en indagar la profundidad de su faltriquera, para llenarla á su tiempo con los restos del festín, y la criada, que solo de higos á brevas se encuentra en tales gaudiamús, arrima la silla cuanto puede al centro de las operaciones.

(Concluirá.)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

## LAS ANIMAS.

CUENTO ANDALUZ.

(Conclusion.)

Fuése después á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y tan encarnados.

—Hijo mío, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser, y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decía: agarra las agujas y el hilo y échalo al pozo, y ten entendido que el día en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarniente.

Y, señor D. Fernán, ya está mi cuento rematado: ¡ojalá os haya gustado!

FERNÁN. Mucho, tia Sebastiana, mucho; pero lo que veo, es que las ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasión unas picarillas.

TIA SEBASTIANA. ¡Señor! ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que *reideros* sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

FERNÁN. Verdad es, tia Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillez buen sentido, que se pueden pensar otros con su culto criterio; pero, tia Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contármelo. ¿No me ha dicho Vd. otras veces que todos somos devotos de *Santo Tomás*? Pues si lo es Vd., allá van estos hisbanos como ofrenda al santo.

TIA ROMANCE. Por no desairar á su mercé ..

FERNÁN. Pero quiero el chascarrillo; me hace falta para mi intento.

TIA ROMANCE. Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platicó, vaya de *ánimas*. Había un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera que no tenía capa y andaba siempre dando diente con diente, y atenido de frío; ¿qué hace? sin decir chuz ni cruz ni chaquebrenque, cogió dinero del fondo de las ánimas y se mandó hacer una capa, con la que pasaba por las calles tan en al y tan poetisacado, como

los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedía que no daba un paso que no le tirasen un tirón de la capa, y por mas que miraba no veía quién; no bien se la subía sobre el hombro izquierdo, cuando la tenía caída del hombro derecho; de conformidad que sin estarlo llevaba planta de borracho; por lo que se lo llevaba pata de puya.

Íba mohino con esta galera y haciendo sumarios de lo que aquello podría ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la hermandad del Santísimo, que venía tan recompuesto, llenando la calle y diciendo: *yo soy, yo soy*. ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay días que lo veo tan *pardilloso*? ¿Qué ha de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho, mientras se le escurría por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas de invierno me hallé apuradillo; había sembrado un pegujar y no le vi el color; mi mujer parió dos niños, cuando uno que hubiese parido estaba demás donde hay otros queve; le costó el parto una enfermedad y á mi los ojos de la cara; en fin, me vi como las buenas mozas en Coarésua, sin un cuarto y con mas hambre que un ministro; de manera que no tuve mas remedio que *emprastarle* á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando de ella; tiran por aquí, jalón por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaría sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *emprastase* á un señor poderoso, grande y dadivoso como yo, no había de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *emprasta* Vd. de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?

FERNÁN CABALLERO.

## UN AMIGO INTIMO.

VIII.

Achada la lectura del maldito sineton, quiso saber mi dictámen su malditísimo autor.

Yo estaba ya tan cargado de soberbia y de razon, al cabo de unas diez horas que la lectura duró.

Y tales ganas tenía de tronar con el atroz *amigo*, que líasamente le dije así mi opinion:

« Ese drama es muy malo, y aun francamente, con lo que digo temo ser indulgente.

En cuanto al verso, ya lo diré que es malo, sino perverso.

Así pues, buen *amigo*, yo se lo ruego, no escriba usted mas dramas y eche este al fuego; pues, voto á críspio, usted será poeta cuando yo obispo.

Estó dije y esta fué mi firme resolucíon, por ver si haciendo justiciá al drama y al escritor trobáramos para siempre, que es lo que esperaba yo con tal dureza expresando mi cólera y mi opinion:

Poro mi finesta *amigo*, que si nó es hombre de pró quiere parecerlo á veces, dijo con serena voz:

« Aunque me deja perplejo quien me habla con tal dureza, agradezco su franqueza y adoptaré su consejo.

Si señor, yo se lo digo; su sátira en mí se acaba, pero me ha dado una prueba de ser mi mejor *amigo*.

Y yo, aunque pese el averno,  
juro que desde este instante  
seré su amigo constante,  
inseparable y eterno.

Con gusto le vendré á ver  
á las horas de almorzar  
y á las horas de comer  
y á las horas de cenar.

Si en paseo á usted lo ven,  
me verán en el paseo;  
y si usted va al coliseo  
allí estaré yo tambien.  
En fin, no me ando en chiquitas,  
y juro por esta cruz  
que le faltará la luz  
primero que mis visitas.»

Dijo, y me cogió la mano,  
y me dió un fuerte apretón,  
y ofreciendo volver pronto  
mi amigo se retiró!

El efecto que en mí haría  
su horrenda peroración  
es cosa... de las que dejó  
para el benigno lector.

## IX.

—Ya puedo respirar, sí, ya estoy libre,  
dije viéndome solo; el canchero  
no tardará en volver, mas con la puerta  
le daré en los hocicos y *laus-deo*.

Al fin podré entregarme á mis tareas,  
y ganaré sin duda algunos pesos,  
que desde que á mi amigo he conocido  
ya casi desconozco á D. Dinero.—

Tales eran las bellas ilusiones  
á que yo me entregaba en el momento  
de entregarme, juzgando que bastaba,  
para ver realizados mis deseos,  
mi voluntad; mas el destino fiero,  
que no siempre ha de ser destino fiero,  
como si yo su saña provocase  
desbarató de un golpe mis proyectos.  
Un hombre, mas ¿qué digo? no era un hombre  
la vision infernal que mis tormentos  
vino á multiplicar; era el tal ente,  
algunca sobre poco mas ó menos.

¿Qué se ofrece? le dije.—Es necesario  
que usted me siga.—¿Adónde?—Al Saladero —  
Llámanse saladero ¡oh mis lectores!  
allá en Madrid, adonde pasa el cuento,  
una casa en que hoy pudren á los hombres,  
y antiguamente se salaban zerdos:  
Es la cárcel, en fin, y á esta vivienda  
foi yo á dar con mi carne y con mis huesos,  
sin conocer de mi prisión la causa  
en mas de un mes que estuve en un encierro.

Vino por fin un juez: entonces supe  
la razon del atroz procedimiento  
que á vivir en prision me condenaba,  
tratado cual se trata á un bandolero.

¿Y qué creerán ustedes del motivo  
de mi prision? Mis mañan conociendo  
cualquiera pensará que me prendian  
por escribir en contra del gobierno.

Pues no señor, la imprenta no era causa  
de mi persecucion, y el ministerio  
no soñaba en tramar conspiraciones  
para inundar en lágrimas al pueblo.

Otra era la razon, otro el motivo  
de procesarme y mantenerme preso;  
de un delito comun se me acusaba,  
¡de un delito comun!... delito horrendo!!!

Quise saber por qué estaba en la cárcel,  
y el juez me contestó que *por un duelo*,  
y entonces conocí los sinsabores  
á que me condenaba el juez severo,  
por lo como padrino á un desafio,  
en que sufrí parrazo tan tremendo  
y de esta nueva y triste desventura,  
de este fatal y amargo contratiempo.

¿Quién tenía la culpa? ¡Quién! ¡Mi amigo!  
Aquel diablo feroz que el hado adverso  
para turbar la paz de mis placeres  
encajó de mi vida en el sendero.

Pero él estaba preso, y su contrario  
y el padrino tambien, y este proceso  
después de cinco mil declaraciones,  
con otras tantas citas y careos,  
nos tuvo treinta meses en la cárcel,  
y aunque al cabo logramos ser absueitos,  
nos condenaron á pagar las costas  
á mi amigo y á mí: quinientos pesos  
importaba no mas; mi buen amigo  
se declaró insolvente, y por supuesto  
yo pagué por los dos y aun por los cuatro,  
teniendo que empeñar hasta el sombrero.

Pero sali por fin, y mi cuidado  
cuando libre me vi de aquel inferno,  
fué ver si en mi cabeza encontraría  
de reparar mi suerte honrosos medios.  
Un dia los hallé: «pronto, á mi mismo  
me dije, lograré gloria y provecho  
si un periódico doy que al pueblo enseñe  
á conocer las faltas del gobierno.

Nadie en la oposicion obtiene honores  
ni alcanza cruces ni consigue empleos;  
pero yo puedo en ella hacer pesetas,  
la razon y las leyes defendiendo.  
¡Viva la oposicion! A ella me lanzo,  
ella es mi fé, mi vida, mi elemento!  
¡Leña á los mandarines, sanguijuelas  
que se chupan la sangre de los pueblos!»  
Poseído de bélico entusiasmo

voy á entrar en la lid, el arma apresto  
con el ardor de la inmortal Marfisa  
cuando embistió ella sola á diez guerreros.  
Ya editor y depósito esperaban;  
ya iban á tirar cardeles y prospecto,  
cuando vino mi amigo maldonado  
á dar á Barrabás con mis proyectos.  
«Demé usted, exclamó, la enhorabuena;  
de mi dicha la seña he descubierto;  
sí, ya puedo decir, si usted me ayuda,  
que la fortuna asegurada tengo.

—¿Y qué puedo yo hacer?—Mucho, mi amigo,  
usted puede á mi mal poner remedio:

el caso es que hay vacante en mi provincia  
un destino en el ramo de correos;  
yo sé que este es amigo del ministro  
y... no hay mas que decir.» En el momento  
confesaré; lectores, que aquel hombre  
un dardo agudo me clavó en el pecho.

Yo le quisiera conceder mi apoyo,  
recomendarle en fin, darle un empleo;  
mas ¿cómo ya de oposicion escribo  
debiéndole un favor al ministerio?  
Renunciar á escribir es una droga,  
quizá es mi porvenir lo que aquí pierdo;  
pero este mozo, dije, hace tres años  
me amiguaba tal vez sin conocerlo.

Ya es triste que á mi cuenta vista y coma,  
pues yo le pago el sastré y le mantengo;  
mas no es esto en verdad lo que me a burro,  
lo que me quita, al verle, hasta el aliento.

Es su sombra fatal que me persigue  
en mi casa, en la calle, en el paseo;  
es que al café me sigue y al teatro  
sin darme libertad por un momento;  
es que si una mujer me da una cita,  
ó renuncio á la cita ó al secreto,  
porque no me es posible dar un paso  
si conmigo no va mi compañero.

¿*Quid faciendum?* No hay duda, voto á eribas!  
satisfaga mi amigo sus deseos,  
y cobre yo con su anhelada ausencia  
mi libertad y mi reposo á un tiempo.  
Dije, y le di la carta que queria,  
y el ansiado destino obtuva luego;  
y mi amigo partió, dejando mi alma  
descansada y tranquila; pero... miento,

que aunque nunca he querido, escarmentado,  
contestar á las cartas de aquel necio,  
él me ha estado escribiendo desde entonces  
tres pliegos de papel cada correo.

X.

## CONCLUSION.

Medio año va á hacer ya que el hado impio  
lanzóme á tierra extraña,  
y renunciar á caso para siempre  
debo al cielo benéfico de España.

Fijo solo en la huida  
cuando á mi patria di la despedida,  
estove luego un tiempo vacilante

sin saber, en sustancia,  
si seguir adelante  
ó aclimatarme en Francia.

Tan pronto el pensamiento ambicionaba  
recorrer el Oriente;

tan pronto hácia la América bogaba  
mi acalorada mente,  
que de golpe y porrazo

se zampaba en el monte Chimborazo.

Consejo pedi luego á la prudencia,  
y en la Francia fijé mi residencia.

Aquí vivir espero, francamente,  
de la injusticia ausente,

sin que á muchos mi musa mortifique,  
sin que algun zampatorras me critique,  
y al abuso insolente  
del comercio social poniendo un dique.

Mas... no sé lo que digo;  
ya me entregaba á locas alegrías,  
cuando no hace tres dias

que recibí esta carta de mi amigo:  
«Caro amigo: En este instante  
estoy que el diablo me lleva,  
pues cual rayo fulminante  
recibo la mala nueva  
de haber quedado cesante.

Me recuerda este revés  
que nuestro amistoso lazo  
estrecha el desinterés,  
y pienso darle un abrazo  
antes de que acabe el mes.

Esto calma mi dolor,  
y aun al gobierno bendigo,  
que me otorga tal favor...  
queda de usted... servidor  
inolvidable.—El Amigo.

Tal es, caros lectores,  
la epistola fatal que hace tres dias  
de España recibí; ya mis temores  
disiparon mis locas alegrías.  
No sé, y ós hablo aquí sin ceremonia,  
si tenderme en el surco,

ó buscar un refugio en Patagonia,  
ó meterme á vasallo del gran turco.  
Ya solo sé que huyó la dicha mía,  
que es la fortuna á mi existir contraria,  
y que toda la noche y todo el dia  
repito sin cesar esta plegaria:

«Frailes en mis negocios se entremetan,  
lueven sobre mi parva demandantes,  
moléstienme busconas vergonzantes,  
cuñada y suegra juntas me acometan;  
gitanos su ventura me prometan,  
mi casa sea escuela de danzantes,  
y en mi cabeza tercios litigantes  
el ser y estado de sus pleitos metan.

Ofrézcame una vieja sus verdores,  
causen mis penas pasatiempo y risa,  
venga el invierno y cójame en camisa,  
haya en mi muerte junta de doctores;  
atáquenme mil males de repente...  
librezme Dios de un tonto solamente.»

J. M. VILLER GAS.

